

ADIOS A LAS LETRAS

Barran de las calles a los escritores

E ha parecido muy bien que cierta localidad vasca haya decidido barrer de una de sus calles el nombre del escritor castellano Miguel de Cervantes Saavedra, autor, entre otros libros de cierta difusión internacional, de Los trabajos de Persiles y Sigismunda.

Otras enciclopedias recogen que Cervantes también escribió el Quijote, aunque ésta puede ser conceptuada como una obra menor, cuya traducción a todos los idiomas del mundo, incluido el inglés y el suajili, ha sido un accidente, de los numerosos e inexplicables que se suceden en la historia de la literatura.

Miguel de Cervantes no merece, en realidad, ni una calle, ni un callejón, ni una acera. En El Toboso, donde se supone que conoció a Dulcinea, llenaron de rótulos las callejuelas manchegas, blancas y desnudas como los hijos de la mar. Ya se darán cuenta los toboseños de su tremendo error, ya saldrán de su duda existencial sobre la razón que tuvieron al creer, insensatamente, que homenajearan a un gran escritor.

Ni los toboseños ni el resto de los españoles que hasta ahora han mantenido en sus calles, avenidas y plazas el nombre de Miguel de Cervantes han sabido que homenajearan, en realidad, a un paria de las letras, que vivió utilizando una lengua imperial y deshonestista, un verbo que menciaba, con su sola pronunciación, la entidad más vibrante de los pueblos.

Miguel de Cervantes, muy astuto, era consciente de su tremenda fechoría. El Quijote, por ejemplo, fue su principal montaje a ese nivel. Lo escribió para favorecer a la clase opulenta, para engordar a los colonialistas, para reducir a cero a los que entonces, zaheridos y ateridos de frío en las distintas nacionalidades y regiones, trataban de expresarse en otras lenguas.

Con el Quijote, el conocido escritor logró su propósito. ¡Pues no le iba a lograr! Nunca nadie favoreció tanto la idea del Imperio como ese autor en ese libro.

Pero no se piense que ha sido Cervantes sólo el que se ha hecho acreedor de las iras de quienes barren los nombres de escritores de las calles del mundo. En realidad hubo muchos más, lo que ocurre es que el manco de Lepanto, precisamente por esa falla física, ha sido el más notorio. A Cervantes no sólo le falta ahora el brazo, sino que también le falta una calle en Euskadi.

Debió ser una política general la seguida hasta ahora exclusivamente por la localidad vasca en la que Miguel de Cervantes ha sido borrado del mapa.

Y no debe ser sólo Cervantes el escritor defenestrado de las esquinas nobles de las calles. Han de ser todos, porque comprobado está que los escritores son aquellos seres que de modo más deleznable hacen uso de la existencia de la lengua y de las aceras.

La operación limpieza debería extenderse, asimismo, a otros creadores, intelectuales, toreros, personajes de la historia filosófica, botánicos, inventores, santos, esquizofrénicos y asmáticos, siempre que su actividad haya ido aparejada a las innobles tareas de usar la lengua para provecho propio y ajeno. La lengua, el uso de la lengua, debe ser el primer cargo contra el personaje que aspira, aunque sea póstuma e involuntariamente, a encabezar una hilera de casas, a presidir una plaza o a tener una placa junto a cualquier fuente.

En Murcia han sido muy sabios al presentar reticencias ante Gabriel Miró, un literato cuyo delito, de nuevo, ha sido el de usar la lengua con una pulcritud inadmisibles. En los Países Catalanes, y en Figueras más concretamente, los sabios del lugar también se mostraron especialmente cautos a la hora de establecer si Salvador Dalí merece o no estar en una de las placas callejeras de la ciudad. La idea está corriendo como la pólvora: un día se darán cuenta de que esto es lo sensato y empezarán a barrer de los callejeros a todos aquellos intelectuales cuya sabiduría ha sido como veneno inyectado arteralmente en las entrañas urbanas de los pueblos.

Desterrar los nombres de los escritores, sugiero yo, y cambiarlos por los de los entrenadores de fútbol. Los vascos que han abolido a Cervantes tienen una oportunidad magnífica: sustituir el nombre del autor de Persiles por el del actual entrenador del Athletic de Bilbao, que es eslovaco.

■ SILVESTRE CODAC.



Don Miguel de Cervantes Saavedra.

ta Tom Wolfe. Y nos habla también de los Angeles del Infierno, de los primeros 'hippies' y, en fin, de todo ese mundo que pululaba en los Estados Unidos a finales de los sesenta y que contribuyeron a cambiar efectivamente toda una cultura. Está narrado de una forma extraña y entrecortada, muy alejada de la narración realista tradicional. Wolfe pretende —y en muchos momentos del libro lo consigue— transmitir un sentido del mundo, una visión de la realidad, sin limitarse a poner en escena unos personajes en un ambiente. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Introducción a la teología cristiana

Un seglar pensador especializado en cuestiones bíblicas —el mejor libro sobre el pensamiento hebreo lo escribió él— y con una orientación filosófica que supera el encasillamiento dentro de las escuelas escolásticas, hace este copioso estudio sobre el diablo (1).

Un libro profundo y claro que, en lenguaje sencillo, trata los principales temas de la teología haciendo un planteamiento, en parte filosófico y en parte histórico (recogiendo desde la Biblia hasta los autores actuales).

Parte con razón de la idea igniciana de Dios como principio y fundamento, aunque sin hacer alusión a su propugnador. El edificio de la creencia personal suele ser hoy de poco arraigo y permanencia —según el autor, y yo lo creo también así— porque los fieles han desvalorizado el fundamento racional (puesto al día por supuesto) de la fe.

Nada básico y permanente puede construir el hombre sin fundarlo en la razón personal, que luego deberá desarrollarlo vitalmente. Pero la vida sin razón es de poca consistencia, como vemos hoy en la crisis profunda que experimenta el catolicismo. Una serie de concesiones al emotivismo y al irracionalismo han hecho un flaco servicio a la fe cristiana. Se ha convertido ésta en una veleidad más, o en una moda al aire de los tiempos: ayer envuelta en conceptos y actitudes retrógradas, y hoy en una delicuescente imitación de los re-

(1) Por Claude Tresmontant. Ed. Herder. Barcelona, 1978.

volucionarios sociales. No, el cristianismo es una revolución espiritual cuyos modelos fueron el pacífico San Francisco de Asís haciendo una regla sin mandatos coactivos para sus religiosos; o el concienzudo Santo Tomás Moro que prefiere la soledad por seguir sus serenas convicciones antes que el éxito familiar y político; o el vital Juan XXIII que con la máxima sencillez revolucionaría el letargo burocrático y anquilosado del catolicismo.

Las partes más interesantes son la primera, sobre Dios y la creación, y la última, acerca de una antropología cristiana con arreglo a un análisis moderno y al día de los datos del Evangelio y de la historia del cristianismo.

El único problema de este libro es que mejoraría grandemente si se resumiera su contenido. Por ejemplo, evitando una transcripción literal de muchas citas bíblicas reiterativas de su punto de vista, porque bastaría dar la referencia numérica del capítulo y versículo sin traer el texto completo. Y lo mismo se diría de algunas repeticiones y extensión excesiva dada a la documentación histórica textual (bastaría también la cita nada más). De este modo, aligerando el libro, se haría mucho más contundente y legible.

Sin embargo, el texto en conjunto es muy interesante por su orientación, ya que sabe aliar lo tradicional con lo moderno, pues lo mismo se inspira en lo valioso del racionalismo tradicional cristiano que en autores que fueron tachados de modernistas, como Blondel y Laberthonnière. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Una parábola sobre marginados

El motivo constructor de esta novela de Droguett (1) hay que aceptarlo sin paliativos, sin melindres ni repudios de la lógica: Bobi es un niño con patas de perro. Y, así, Bobi habrá de librar dos batallas: una, propia; circundante la otra. La propia: la pugna entre su mitad-niño y su mitad-perro, la definición de su identidad. La circundante es casi obvia y viene dada por su condi-

ción de ser anómalo-monstruoso. Me refiero al rechazo, a la proscripción a que es sometido por quienes le rodean. Bobi será siempre un desencadenador de reacciones de defensa, de exclusión y de segregación. Es un marginado. Ese carácter de "distinto" que exhibe como emblema el niño-perro hace que, de alguna manera, sus peripecias y andanzas en un mundo normal y cotidiano apenas adquieran trascendencia. Lo que importa — y a ello apunta Carlos Droguett — es que él mismo se ha convertido en un símbolo, en una alegoría. La historia de Bobi-patas-de-perro es — en definitiva — una parábola.

Bobi viene a ilustrarnos la realidad de un mundo que teme el desmoronamiento de sus defensas ante un hecho que estremece lo cotidiano, lo normal y lo establecido. Este niño-perro es un absurdo, pero un absurdo peligroso: "Lo terrible es ser distinto, lo peligroso es ser distinto". Y para él serán entonces la sospecha y la hostilidad, los malos tratos y la burla — "es que eres distinto y eso es lo que ellos no te perdonan; tienen miedo, miedo de perder su propia seguridad"; está abocado al acoso y a la inmola-ción. Ante el caso de Bobi es inmediata — y es obligada la alusión — la asociación con el Gregorio Samsa de Kafka. Sólo que el personaje kafkiano se debatía en la angustia de no poder comunicarse, y el de Droguett viene a ser un chivo expiatorio acorralado por aquellos seres que quieren eliminar lo que presienten diferente.

Pero Bobi tiene un compañero. Es un hombre que lo recoge y lo cuida. Que lo ama y hace suyas las heridas y las vejaciones. También es un ser marginal, alguien que no tiene plaza en el ordenamiento social. El mismo nos lo dice: "Soy como tú, ambos somos distintos, sólo que en ti es evidente". Y ambos no están solos. Con ellos viene — en ellos las concreta y personifica Carlos Droguett — un coro de voces. Unas voces "mesuradas, cansadas, dignamente cansadas y encallecidas, avanzando en olas, en tímidas, potentes, suaves y prometedoras olas, venían desde muy lejos, desde 1939, desde la guerra civil española, desde la campaña presidencial del año 20, desde las primeras matanzas de obreros en Iquique, en Valparaíso, en Lonquimay...". Sí, son incontables los maldecidos.



Carlos Droguett.

La escritura elegida para cartarnos esta parábola sobre marginados insiste en esa atmósfera acuciante a que son sometidos Bobi y su compañero. Droguett alterna los monólogos del hombre y del niño-perro, suprime los puntos y aparte, y abundan los fragmentos sin puntuación. Escritura atropellada, a borbotones, que nos asalta a veces asfixiante y reiteradora. Con ella se nos pregunta si — en última instancia — no seremos todos unos marginados deambulando en un mundo obtuso y alienante. ■ SABAS MARTIN.

La caca nostra

"El Mediterráneo, el mar de la cultura, está amenazado de muerte. Si las autoridades y gente responsable no se preocupan de remediar la actual situación, el *Mare Nostrum* perecerá. A juzgar por los actuales índices de contaminación, nuestro mar tal vez no tiene más de cincuenta años de vida. Poco a poco se irá convirtiendo en una ciénaga putrefacta y maloliente, en la que no quedará espacio para la vida. Porque también el mar puede morir. Y si la vida comenzó en el mar, también puede morir en el mar".

La anterior reflexión procede de quien se puede asegurar, en todos los sentidos, que es un conocedor del mar en profundidad: el comandante Cousteau. Los mares y océanos están sufriendo una creciente contaminación, que los está convirtiendo en auténticas cloacas. Tan sólo una de las catástrofes ocasionadas por el accidente de un petrolero, originó en 1965 la muerte de medio millón de aves, y ha sido después

cuando han surgido las catástrofes de mayores dimensiones, como la del "Torre Canyon" o el "Amocco-Cádiz" que empujaron ese ecocidio. En Gran Bretaña mueren anualmente unas 250.000 aves marítimas como consecuencia de la contaminación de los hidrocarburos, y las algas prácticamente han desaparecido al Sur de Inglaterra. El Gran Sol se ha convertido en un gran estercolero. El Báltico en sus 9.200 km. de costas, los peces están en vías de extinción, percibiéndose una notable carencia de oxígeno. Las costas japonesas llegan a extremos indescriptibles de contaminación. Incluso hasta en el vasto Pacífico se perciben signos de retroceso de la vida, sin que se cuenten los peligros derivados de accidentes como el acaecido en abril de 1970 cuando del satélite "Apolo 13" se desprendió una de sus partes con 12 kg. de plutonio radiactivo, que cayeron en sus aguas, lo que constituye un peligro durante veinticuatro mil años, capaz de aniquilar a una población como tres veces la actual de la Tierra. Se han encontrado peces abisales con mercurio en sus agallas. Con todo esto, no resulta raro que al año nazcan 60.000 niños leucémicos.

El Mediterráneo se nos muere (1). Ese mar que Ramón Lludio calificó como "una gran sonrisa" está siguiendo el camino del Báltico y, tal como señala Cousteau, quizá sólo le quede medio siglo de vida. Al día son vertidas 300 toneladas de materias nocivas; 90 por 100 de las aguas residuales de 150 ciudades llegan al mar sin depurar; un solo accidente ha hecho que en el Adriático se viertan 250 toneladas de plomo tetraxido, un veneno mortal; el 30 por 100 de la vida marina ha desaparecido y casi no existen vestigios de corales vivos. Para poner fin a esta situación, Barcelona fue la sede en 1975 de una reunión intergubernamental que sentó las bases de un Plan Azul de salvación del Mediterráneo, que de momento no parece que se haya iniciado, pues no estaba desahogado un semanario humorístico cuando el verano pasado decía que "¡Si te mandan a la mierda, veto a la playa!". ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

(1) Marius Lloget: "¡El Mediterráneo se nos muere!". S. O. S. de Cousteau, Editorial Bruguera. Barcelona, mayo 1979. 187 págs.

(1) Carlos Droguett: *Patas de perro*. Seix Barral/Biblioteca Breve. Barcelona, 1979.